

El fundamentalismo islámico

Enrique López Oliva

Historiador y periodista. Comisión para el Estudio de la Historia en Latinoamérica (CEHILA-CUBA)

El Corán también enseña que lo más importante no es lo que el hombre diga de su fe, sino lo que esa fe le hace realizar.

Ibn Arabí (1165-1241)

Los grandes medios de difusión masiva, así como destacados líderes políticos de grandes potencias, encabezadas por los Estados Unidos, y connotados académicos y escritores del mundo occidental, han creado una imagen distorsionada y reduccionista de la cultura y la religión islámicas, sobre todo después de los hechos del 11 de septiembre de 2001, acelerando un proceso de demonización y deslegitimación —en realidad iniciado varios siglos atrás—, para intentar justificar la conquista colonial europea del mundo musulmán, que tuvo como antecedentes las cruzadas cristianas, convocadas inicialmente por el Papa Urbano II, en 1091.

Considerando que este proceso deslegitimador se sustenta en el desconocimiento existente en Occidente en relación con la cultura y la religión islámicas, con este artículo, de carácter histórico, pretendo una sistematización —a grandes rasgos— del conocimiento de sucesos fundamentales sobre ellas, que permita al neófito un

acercamiento sociohistórico y cultural-religioso a una realidad que hoy virtualmente enfrenta la perspectiva político-ideológica, pero que apenas dispone de elementos para comprenderla.

En la actualidad, convergen en el mundo cuatro grandes corrientes fundamentalistas aunque muchos autores solo mencionen tres: el fundamentalismo cristiano, con sus vertientes católica —identificada como integrista— y protestantes y evangélicas;¹ el judío, cuyas principales expresiones son el sionismo y la ultra ortodoxia religiosa judía; el islámico, con proyecciones religiosas y políticas extremistas, algunos de cuyos grupos han optado por acciones violentas para lograr sus objetivos; y un fundamentalismo secularizante neo-atéista, que se entrelaza con el neoliberalismo, sacraliza el individualismo y el consumismo, deifica el mercado y crea sustitutos religiosos con los que se intenta reemplazar las formas religiosas tradicionales.²

Hay estudiosos que se refieren también a un hinduismo, un budismo, un sijismo e, incluso, un confucianismo fundamentalistas. Existe asimismo un fundamentalismo cultural-religioso referente al amplio espectro africano y afrodescendiente.

El término «fundamentalismo» deriva del adjetivo «fundamental» y constituye lo que sirve de basamento, o es plural en una cosa.³ En el campo de la sociología religiosa se nombra así a una tendencia que se basa en la interpretación literal de un texto tenido como sagrado, sea la Biblia, El Corán u otro. Al entenderse como una manifestación expresa de la divinidad, como algo sagrado, se estima que los humanos no pueden alterar su contenido con nuevas interpretaciones.

El catedrático español Pedro R. Santidrian, en su *Diccionario básico de las religiones*, describe el fundamentalismo como un

movimiento político religioso, conocido también como integrista y radicalismo. Aparece en la segunda mitad del siglo XIX y se desarrolla a lo largo del XX en los países de filiación protestante y católica. Posteriormente se aplica también a los movimientos de signo político-religioso del judaísmo y del Islam.⁴

En los Estados Unidos surgió un movimiento evangélico fundamentalista, a finales del siglo XIX, contrapuesto al evolucionismo y a modernas hermenéuticas bíblicas, que sus adeptos estimaban socavadoras de «los fundamentos» de la fe bíblica, al introducir metodologías científicas en el análisis del texto bíblico, reinterpretando los textos a partir del contexto histórico en que se supone fueron escritos, analizándolos a partir de la evolución del lenguaje —desde las lenguas en que originalmente se escribieron y en sus posteriores traducciones—, comparándolos con otros textos de la época, y teniendo en cuenta los diversos hallazgos arqueológicos.

Para el estudioso estadounidense Jorge Pixley teólogo bautista, quien ha trabajado durante muchos años en instituciones teológicas de México y Centroamérica, «hoy es usanza común tildar de «fundamentalistas» a los grupos más dispares de distintas partes del mundo»,⁵ mientras para el teólogo liberacionista brasileño Leonardo Boff, «el fundamentalismo no es una doctrina, sino una manera excluyente de ver la doctrina».⁶ Santidrian coincide con Boff en la percepción de un sentido «peyorativo».

En los Estados Unidos, entre 1910 y 1915, se editaron doce tomos de una obra titulada *The Fundamentals [Las cosas fundamentales]*, que constituyó un manifiesto antimodernista contra amenazas que algunos evangélicos veían cernirse sobre la nación estadounidense y sus iglesias. Fue propósito del fundamentalismo tratar de restaurar un pasado idealizado, en el que la autoridad no era cuestionada. Pixley subraya que es «en su esencia, derechista, pues se opone a la igualdad y apoya soluciones autoritarias que defienden “la verdad” que concibe como absoluta, revelada por Dios».⁷

El término se aplicó además a filosofías políticas con fuerte resistencia a evolucionar y enfrentadas a tendencias revisionistas que trataron de adaptarse a los cambios políticos, económicos y científicos. Algunos confunden fundamentalismo con dogmatismo, que es un conjunto de proposiciones o principios que se consideran inalterables, incuestionables, por lo que, para algunos estudiosos, pueden usarse como sinónimos, aunque haya matices diferenciadores entre ambos términos. El dogmatismo, que no tiene un origen sagrado, pero del que se apropian muchas religiones, suele ser característico de algunas corrientes políticas. Actualmente se interpreta el neoliberalismo como una forma de dogmatismo.

Pixley fue uno de los primeros estudiosos en percibir en el fundamentalismo «un antimperialismo de derecha» que se enfrenta a los propósitos del mercado total, lo que le confiere «elementos que tienen en común con quienes buscamos soluciones populares, de izquierda». Estas coincidencias, sostiene Pixley, deben ser aprovechadas, pero advirtiendo el peligro que representa «el autoritarismo de los fundamentalismos» para los movimientos de izquierda que «estamos aprendiendo la necesidad de la democracia interna».⁸

Hay estudiosos que consideran al fundamentalismo entre los mayores obstáculos para el entendimiento ecuménico dentro del cristianismo, así como para el diálogo interreligioso y el desarrollo de una sociedad plural, respetuosa de las distintas manifestaciones culturales y religiosas. Los fundamentalismos y los fanatismos de tipo religioso amenazan la convivencia pacífica entre todos los credos religiosos y, si se entrelazan con fundamentalismos y fanatismos que adquieren expresiones políticas, se tornan sumamente peligrosos para la paz y el entendimiento entre los pueblos.

Unos quinientos líderes de una decena de religiones, reunidos en la ciudad alemana de Aquisgrán, el 9 de septiembre de 2003, calificaron al fundamentalismo como «la enfermedad infantil de todas las religiones y culturas», y llamaron a un diálogo contra las guerras y a liberarse del pesimismo que embarga a todos aquellos que «creen que el enfrentamiento entre civilizaciones es inevitable». Andrea Riccardi, fundador de la Comunidad Católica de San Egidio, advirtió en la reunión que «no hay guerra santa; solo la paz es sagrada».⁹

Muchos estudiosos perciben en las corrientes fundamentalistas —al margen de sus diversos orígenes y especificidades— la existencia de características comunes: no surgieron de forma inmediata, sino como respuestas a profundos desafíos que según su criterio amenazan la existencia de su cultura y religión; expresan un auténtico temor a cambios que se intenta imponerles desde el exterior; ven enemigos que alteran valores

arraigados, considerados sagrados, y hábitos; se aferran a verdades; y dogmatizan patrones y estilos de vida.

Para el profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de Harvard, Samuel P. Huntington, autor de la controvertida obra *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, en la que advierte del peligro de un enfrentamiento violento entre el Occidente judeo-cristiano y el Oriente, los movimientos fundamentalistas, en particular, son «un modo de afrontar el caos, la pérdida de identidad, sentido y estructuras sociales seguras, circunstancias generadas por la rápida introducción de los modelos sociales y políticos modernos, el laicismo, la cultura científica y el desarrollo económico».¹⁰

Pero el fundamentalismo religioso no tiene necesariamente que coincidir, de forma directa, con el político, ni ese conservadurismo con posiciones de derecha. Puede darse el caso de conservadores religiosos con filiaciones posiciones políticas progresistas. Esto complejiza el estudio de un tema en el que influyen factores diversos, entre ellos el generacional, y que en cada momento histórico y región adquieren particularidades, y en el que se entremezclan elementos ideológicos, psicológicos, religiosos y culturales en general, con la praxis social, política y económica.

Otro elemento importante en el análisis del fundamentalismo es que no siempre este o sus expresiones son negativos o enfermizos. En ocasiones, el apego a determinados principios y normas de la tradición resulta beneficioso, al proporcionar un equilibrio a las culturas y religiones, que les permite proyectarse armónicamente hacia el futuro. Existe, en cierta forma, una compleja relación entre las diversas corrientes fundamentalistas, se retroalimentan unas a otras, se justifican unas con otras, para tratar de fortalecer sus identidades, que sienten amenazadas.

No obstante, la conocida estudiosa de asuntos religiosos, la inglesa Karen Armstrong, expresó que

los medios de comunicación occidentales suelen dar la impresión de que la empujada y, en ocasiones, violenta forma de religiosidad conocida como fundamentalismo constituye un fenómeno islámico. Pero no es el caso [...] el fundamentalismo es un hecho universal que ha aflorado en todas y cada una de las principales religiones como respuesta a los problemas planteados por nuestra modernidad.¹¹

Hay que tener en cuenta que el islamismo, como religión, se practica, en los países con esta tradición, de forma diversa que en Occidente, donde, según estimados, viven más de tres millones de musulmanes, muchos de ellos vinculados al mundo académico y a los negocios. También hay distinciones entre el islamismo practicado en los países árabes y en el África subsahariana, por ejemplo Sudán, como consecuencia

del choque con religiones étnicas. Es importante distinguir entre un Islam clásico y otro popular.

Actualmente existe un gran movimiento renovador dentro del Islam.¹² En la Universidad de Qom, en Irán —donde se encuentra ubicada la considerada mayor biblioteca de textos sagrados del Islam—, se registra un fuerte debate sobre el papel de este en el mundo, en la historia y en el futuro de la humanidad. La propia Internet está provocando modificaciones sensibles en el mundo islámico, al favorecer el intercambio entre diversos grupos, propiciando el desarrollo de un Islam menos dirigido y rígido o más democrático, sin perder su esencia. Algunos estudiosos estiman que el islamismo, antes replegado sobre sí mismo, empieza a abrirse hacia el exterior a través de las páginas de Internet y del uso de antenas parabólicas, con emisiones en inglés y francés, lo que facilita su mayor difusión. No obstante, debe considerarse que la tecnología moderna no es solo facilitadora de una tendencia renovadoramente positiva en el Islam. Los ataques terroristas que tuvieron lugar en Madrid el 11 de marzo de 2004, fueron ideados, planeados y coordinados por fundamentalistas islámicos, utilizando Internet.

La mujer islámica está desempeñando un importante papel dentro del proceso de renovación del Islam; algunas han tenido oportunidad de ir a la Universidad y no temen expresarse con libertad y cuestionar públicamente —incluso a partir de estudios coránicos y de la propia historia del Islam— el lugar relegado que todavía tiene la mujer en muchos países musulmanes. El papel de la mujer islámica está adquiriendo tal importancia, que muchos consideran que la verdadera renovación del Islam partirá, en forma decisiva, de ella y de su capacidad de asumir un lugar protagónico en esta religión y cultura. La relectura femenina del Islam se expresa a tono con la problemática mundial de la reinterpretación y readecuación de los roles de género. De hecho, se asegura que muchas de las obras de ficción basadas en la temática de la mujer en la cultura islámica, que hoy circulan ampliamente por Occidente, son escritas por mujeres islámicas, muchas veces en complicidad con algunos hombres de sus familias, y publicadas con pseudónimos.

En la introducción a un número especial de la *Revista Académica para el Estudio de las Religiones*, publicada en la ciudad de México, dedicado al «Islam y la nueva *yihad*», se destaca:

Para quienes nacimos y crecimos en países occidentales es indispensable, hoy más que nunca, tener una panorámica del mundo islámico. Intentar analizar el ataque del 11 de septiembre de 2001 contra el Pentágono y el World Trade Center, sin un mínimo de contexto y sin hacer las debidas distinciones entre conceptos claves, puede generar

confusiones. Esto conduciría indefectiblemente a conclusiones erróneas.¹³

Se precisa, además:

Algunos medios de comunicación internacionales han reforzado, por décadas, estereotipos que Hollywood y muchas cadenas televisivas han hecho populares: el islámico, *toto genre*, como fanático, lo cual se hace extensivo a los pueblos árabes. Esto complica más la comunicación, pues se pasa de la falta de información a la desinformación: la asimilación de datos falsos acerca de un fenómeno. Y esto presenta un reto pedagógico clásico. No es lo mismo llenar vacíos de información, que corregir nociones erróneas ya arraigadas, que además son reforzadas cotidianamente.¹⁴

El español Juan Pedro Yaniz Ruiz, prologuista de la edición en español de *La espada del Islam*, publicado originalmente en 1959 por el periodista estadounidense Robert Payne, opina que

ante el conflicto actual, Occidente aparece libre de los atavismos religiosos del pasado —sin dejar de dar muestras de una notable incompreensión hacia las posiciones del contrario—, pero no se puede decir lo mismo de los sectores del integrismo religioso, tanto islámicos como judaicos.¹⁵

Subraya que

una larga reflexión es preciso que se vaya produciendo a lo largo de los próximos años para romper el círculo vicioso del enfrentamiento ciego de civilizaciones, que parece preconizar el esquematismo propagandístico al que vamos a estar sometidos en tiempos futuros, de hecho ya llevamos meses bajo el mismo. Los posicionamientos son siempre muy complejos y arbitrarios [...] Y en toda esta historia no deja de aparecer, aunque algunos traten de ocultar su significación con retóricas ideológicas, como reconoce el propio Huntington, el conflicto que se deriva por «el control y el acceso al petróleo», que considera el autor de «importancia fundamental».¹⁶

Dentro del reformismo islámico, además de tendencias fundamentalistas de diverso signo, conviven corrientes fundamentalistas modernas moderadas, inspiradas en valores e instituciones democráticas y sociales, impulsadas por líderes políticos y por sectores económicos e intelectuales, la mayoría formada en Occidente o por profesores que estudiaron en universidades europeas y norteamericanas.

Pero la identificación de Washington con el gobierno israelí y los ataques a Afganistán e Iraq, además de sus reiteradas amenazas a varios países musulmanes como Irán, Siria y Sudán, han llevado a varios de los integrantes de estas corrientes, moderadas y pro occidentales en sus inicios, a asumir posiciones anti occidentales e incluso sumarse algunos a grupos radicales, o a buscar un arreglo con Occidente.

El ejemplo de Turquía: secularismo vs. islamismo

Entre estos movimientos pudiéramos mencionar los desarrollados en Turquía, que llevaron a los padres de la República Turca, agrupados en el kemalismo (seguidores de Mustafa Kemal Atatürk, 1880-1938, quien fuera primer presidente de la República, de 1923 a 1938), a una creciente secularización de esa sociedad desde 1923, que incluyó la abolición del sultanado y el califato, la declaración del monopolio estatal de la educación, supresión del Ministerio de Religión, la adopción de un código civil suizo, y la abolición de los tribunales de la shari'a; se concedió a la mujer el derecho al voto, se latinizó el alfabeto; se suprimió el párrafo de la Constitución según el cual la religión de los turcos era el Islam; fueron abolidas las órdenes religiosas sufíes, —que se rebelaron y fueron puestas fuera de la ley—, y se declaró ilegal que los miembros de las fuerzas armadas o de la administración pública profesaran el Islam en público. Con todo ello se redujo la vida religiosa islámica al ámbito privado, lo cual convirtió a la Turquía moderna en la menos «islámica» de todas las grandes naciones musulmanas.

No obstante esas medidas, la secularización no logró penetrar en la Turquía rural, y se produjo un conflicto estructural entre secularización y vida islámica, que aún se mantiene, y se agrava con el resurgimiento del Islam, estimulado por factores internos y del contexto internacional. Ello trajo el desarrollo de fuertes grupos y partidos políticos islámicos, como el Partido del Bienestar, que incorporó a las mujeres en labores de proselitismo político, y logró, en 1994, la alcaldía de Ankara y, posteriormente, el control del Parlamento, pese a la resistencia de sectores militares y de otros grupos políticos seculares, como el derechista Partido de la Madre Patria, con fuertes vínculos con los gobiernos de la Unión Europea.

Pese al proceso de secularización, en Turquía el Islam ha adquirido una nueva dimensión ideológica y política, que trasciende las fronteras turcas y constituye un punto de referencia para otros países musulmanes, y ha permitido a ese país asumir un complicado papel como puente entre Occidente y el mundo islámico, lo que le posibilita aspirar a convertirse en el primer país musulmán en incorporarse a la OTAN, a pesar de las reservas existentes para su entrada, precisamente por ser musulmán.

Serif Mardin, profesor de estudios islámicos, considera que «nos hallamos una vez más ante consecuencias totalmente imprevistas del comportamiento “fundamentalista” y ante signos que indican la creación de un nuevo “terreno discursivo” en el seno del Islam».¹⁷ Pudieran mencionarse otros

El término «fundamentalismo» deriva del adjetivo «fundamental» y constituye lo que sirve de basamento, o es plural en una cosa. En el campo de la sociología religiosa se nombra así a una tendencia que se basa en la interpretación literal de un texto tenido como sagrado, sea la Biblia, el Corán u otro.

ejemplos, en otros países musulmanes, como Indonesia, Egipto, e incluso Iraq.

Los orígenes del Islam y del fundamentalismo islámico

La religión islámica surge de un tronco común con el judaísmo y el cristianismo, y forma, junto a estas, parte de las tres grandes religiones monoteístas del mundo, que basan su creencia en el Dios (para los islámicos al-illa, el Dios) de Abraham, aunque cada una lo conciba de diferente manera. Ello ha favorecido un diálogo teológico interreligioso, que no deja de ser complejo y no ha logrado grandes avances, pese a diferentes esfuerzos que no consiguen superar ciertos obstáculos, la mayoría de los cuales responden a intereses políticos.

Robert Payne, quien recorrió como corresponsal de prensa durante varios años los países musulmanes, sostiene que

como la escisión entre Oriente y Occidente tiende a crecer, nos inclinamos a pensar que los mahometanos pertenecen al campo contrario; pero, de hecho, forman parte de Occidente. Lo queramos o no, están indisolublemente vinculados a nuestra propia cultura; son parte de nosotros mismos; sus raíces coinciden, en parte, con las nuestras; participan de una misma energía divina.¹⁸

Para Payne, «la historia del Islam es un largo diálogo con el cristianismo».¹⁹ El propio pontífice católico Juan Pablo II, quien reiteradamente impulsó el diálogo con el Islam, se opuso con firmeza a la guerra contra Iraq, e intentó mediar entre palestinos y judíos en búsqueda de la paz en el Medio Oriente, expresó en 1985: «El diálogo entre cristianos y musulmanes es hoy más necesario que nunca».²⁰

No obstante, debemos recordar, como apunta la estudiosa inglesa Karen Armstrong, que

a partir de las cruzadas, la población de la cristiandad occidental desarrolló una imagen estereotipada y distorsionada del Islam, al que consideran enemigo de la civilización virtuosa. Este prejuicio vino a entrelazarse con las fantasías europeas sobre los judíos, las otras víctimas de los cruzados [...] Fueron precisamente los cristianos

quienes instigaron una serie de brutales guerras santas contra el mundo musulmán, cuando los monjes europeos describieron al Islam como una religión intrínsecamente violenta e intolerante, que solo había logrado imponerse a golpe de espada. El mito de la supuesta intolerancia fanática del Islam se ha convertido en una de las ideas estándar de Occidente.²¹

Para el pensador francés Roger Garaudy —ex miembro del Buró Político del Partido Comunista Francés, quien se proclama actualmente islámico—, «no habrá un nuevo orden económico mundial sin un nuevo orden cultural mundial», y afirma que «el diálogo entre civilizaciones se ha convertido en una necesidad urgente e irrecusable. Una cuestión de supervivencia».²²

Por su parte, el secretario general de la ONU, Kofi Annan, durante una conferencia en la Universidad alemana de Tuebingen, declaró que era errado comportarse «como si los valores islámicos y occidentales fueran incompatibles». Reconoció que muchos musulmanes, después del 11 de septiembre, «son [en Occidente] objeto de sospechas, acoso y discriminación, mientras, en parte del mundo islámico, cualquier asociado a Occidente está expuesto a la hostilidad e incluso a la violencia».²³

La religión islámica es resultado de la experiencia religiosa de Muhammad ibn Abdallah, más conocido en Occidente como Mahoma (570-632), y se basa en un proceso de 114 revelaciones-mensajes que declaró haber recibido de Alá, por intermedio del arcángel Gabriel (Yibril), quien se le apareció en sueños, durante un retiro espiritual en la Montaña de la Luz, cerca de La Meca, y le ordenó: «Recita en nombre de tu Señor...». se dice que a partir de ese momento —tenía entonces cuarenta años— comenzó a pronunciar las palabras del propio Allah, las que fueron agrupadas después de su muerte por su secretario Zayd, bajo la supervisión de un comité; aunque no fue hasta pasados aproximadamente treinta años que se preparó una versión canónica definitiva, en un proceso similar al de los evangelios cristianos, en El Corán (*Qu'ran*). El libro agrupa 114 suras, cada una de las cuales contiene una revelación.

La nueva religión ha sido considerada por algunos estudiosos como una secta cristiana en sus inicios. En

El Corán abunda las referencias al Pentateuco judío y al propio Jesús; y se le atribuye al Profeta haber expresado: «No hay más *Mahdī* [Mesías, el Elegido] que Jesús, hijo de María», Sin embargo, acabaría recibiendo el nombre de Islam (entrega); el musulmán o muslim era aquel hombre o mujer que había realizado el acto de sumisión de todo su ser a Allah (Dios) y a su exigencia «de que los seres humanos se comportaran entre sí con justicia, equidad y compasión».²⁴

Pero, según el estudioso Toufic Fahd, al gran reformador religioso, considerado por sus seguidores como «el sello de los profetas», o sea, que pone fin a la era de los profetas,

el Occidente cristiano lo ha juzgado según una ética que no era ni la de su medio, ni la de su época. Fue a través de un Bizancio en decadencia, de un África cristiana borrada del mapa cristiano, de una España ocupada y de unas cruzadas sangrientas y finalmente inútiles, como Europa forja una idea de Mahoma y de su doctrina. Este «ímpio», este «Anticristo», objeto de anatemas por parte de toda la cristiandad de la Edad Media.²⁵

Muchos de esos epítetos han continuado usándose en la actualidad, y vuelven a emplearse para referirse a los líderes religiosos y políticos islámicos.

Aunque el fundamentalismo del Islam coincide con las características generales de otros movimientos fundamentalistas, los musulmanes se oponen al uso de ese término, señalando, como apunta la profesora Armstrong, que «este fue acuñado por los protestantes norteamericanos como orgullosa divisa, y ni siquiera se puede traducir adecuadamente al árabe».²⁶ Precisa que en esa lengua se usa el término *usul* para designar los principios fundamentales de la jurisprudencia islámica y, dado que todos los musulmanes están de acuerdo con ellos, se podría decir que todos ellos suscriben la *usuliyā* (fundamentalismo), lo que no quiere decir que lo sean tal como se entiende en Occidente, y que los extremistas que pudieran catalogarse como fundamentalistas violentos constituyen una minoría dentro de una población de alrededor de mil doscientos millones, muchos de ellos residentes en Europa. Solamente en Francia, el Islam ha devenido la segunda religión, por delante del protestantismo y el judaísmo, como en los Estados Unidos. Esa población es mayoritariamente pacífica y trabajadora, aunque ello no quiere decir que no aspire, como todos los pueblos, a vivir en mejores condiciones y, llegado el caso, sean capaces de combatir en defensa de sus intereses.

Sin embargo, todos los musulmanes son percibidos, por muchos occidentales, gracias a campañas de los *mass media*, como «fundamentalistas», aunque estén lejos de serlo, y «terroristas» —término ambiguo al que le atribuyen diversas connotaciones, y se refiere al uso indiscriminado de la violencia.

Markus Hattstein, historiador alemán de las religiones, escribe:

Desde comienzos del siglo XIX los países islámicos experimentaron un impulso hacia la modernización por efecto del nuevo contacto con Occidente y, en concreto, con Europa, que maniobró con dichos países manteniéndolos en dependencia prolongada tanto en lo político como en lo económico.²⁷

Para este historiador,

los movimientos modernistas islámicos se manifestaron con mayor intensidad a partir de la segunda mitad del siglo XIX. Contenían numerosos elementos que hoy se atribuyen al «fundamentalismo»: el afán de que el Islam sea auténtico y fiel a los orígenes, la añoranza del proto-Islam y de una unidad islámica en lugar de la multitud de sistemas existentes, la definición de la cultura islámica en contra de influencias exteriores opresivas, el énfasis en la igualdad de todos los creyentes ante Dios y la exigencia de compromiso social y caritativo por parte del individuo.²⁸

Por su parte, el tunecino Hichem Djait afirma: «Es verdad que el Islam es ante todo una religión —por lo demás, interpretada diversamente—, pero iluminó la vida de los hombres tanto en su interioridad como en sus manifestaciones más elevadas».²⁹

Los islámicos se dividen en tres grandes vertientes: los sunnitas, los chiítas y los sufíes. La mayoría de los musulmanes se califican a sí mismos como sunníes o sunnitas (seguidores de la vía armoniosa). Deben su nombre a la *Sunna* (costumbre), colección de seis libros «auténticos» (*Sabih*) de hadices (*ahadiz*; equivale a noticias, informes, enseñanzas y obras atribuidas al Profeta, que no figuran en El Corán, así como a sus primeros seguidores, llamados «compañeros del Profeta» (Sahaba Muhammad). Se estima que, aproximadamente, 80 % de los musulmanes son sunníes. Estos, a su vez, se subdividen en cuatro escuelas clásicas de la jurisprudencia islámica: la hanafita, la malikita, la shafíita y la hambalita.

La hanafita fue fundada por Abu Hanifa (699-767), y es hoy la más extendida y la más liberal, concede un amplio espacio a la razón y la opinión propia, tiene predilección por las sutilzas jurídicas e introdujo criterios procesales y doctrinales que aún hoy rigen. Predomina en Asia Central, India, Pakistán, Turquía, Afganistán, parte de Egipto y Túnez.

La malikita, denominada así por Malik ibn Anas (715-795), es conservadora, remite a costumbres que dominaban en Medina, en la época del Profeta y es muy rigurosa. Predomina en el Magreb, en la parte norte y occidental de África, Sudan y Kuwait.

La shafíita fue fundada por As Sahfii (767-820). Adopta una posición intermedia entre hanafitas y malikitas; ha contribuido a la diferenciación de principios jurídicos. Está muy extendida en Indonesia, Malasia, Jordania, Palestina, Siria, Líbano y parte de Egipto.

La hanbalita se denomina así por Ahmed ibn Hanbal (780-855). Asume un tradicionalismo riguroso, radical, lleno de devoción. Alcanzó creciente importancia desde la reforma de los wahabitas, a principios del siglo XIX. Predomina en Arabia Saudita y tiene seguidores en Siria, Iraq y Argelia.

Las cuatro escuelas jurídicas reconocen las cuatro raíces (*usul*) de la ciencia islámica del derecho: El Corán y el *hadiz*, y los métodos jurídicos del criterio de analogía (*qiyas*) y de consenso (*ijma*). La coincidencia de los eruditos islámicos sobre una cuestión proviene del criterio del Profeta sobre que un individuo puede equivocarse, pero la dirección justa de Allah se manifiesta en la comunidad entera de los creyentes, que nunca puede equivocarse.

Aunque no hay una marcada tendencia a la subdivisión entre los sunnitas, existen grupos escindidos que se formaron alrededor de algún dirigente político o estudioso del Islam. Según la teología sunnita, el Mahdi («el Elegido») será un dirigente político guiado por la divinidad, a quien Allah enviara a la Tierra para unificar a todos los musulmanes en un solo Estado político, antes del fin del mundo. A lo largo de los siglos han aparecido más de una docena de sectas mahadiistas, creadas alrededor de distintos maestros, santones o dirigentes tribales y de aldea, muchas de las cuales desaparecieron al poco tiempo de morir el Mahdi.

En la actualidad, hay quienes consideran al jefe del gobierno libio, coronel Muammar al-Qaddafi (Gadafi), como un al-Mahdi, pero una Comisión teológica sunnita de La Meca, controlada por los sauditas, lo acusa de abandonar el Islam por su versión del derecho y la teología sunnita, a la que considera antislamita.

En Pakistán existe una secta mahdiista fundada en el Panyab Oriental, en el decenio de 1880, por Mirza Ghulam Ahmed, fallecido en 1908, que declara tener en la actualidad más de un millón de seguidores. Ahmed afirmó que no solo era el Mahdi musulmán, sino la reencarnación de Jesucristo y un avatar (manifestación) del dios hindú Krishna, y proclamó que su misión era la unificación del Islam y la incorporación a este del cristianismo y el hinduismo. El grupo se dividió en dos y asumió con el tiempo una actitud antisemita, acusando a los judíos de asesinos de Jesucristo y perseguidores del Profeta.

Los ahmadies realizaron actividades misioneras con relativo éxito en África occidental, en las Indias Occidentales y en los Estados Unidos, donde establecieron pequeñas comunidades en guetos negros de grandes ciudades. De ellas surgirían, como identidades separadas, los Musulmanes Negros de América y La Nación del Islam, de la que se separarían posteriormente Malcolm X (1925-1965), quien fundara la Misión Musulmana de América, identificada con la

ortodoxia sunni, y el actual líder afroamericano radical Louis Farrakhan.

La otra gran corriente islámica es la de los chiitas —la *shi'a* o «guerrilleros de Dios», partidarios de Ali ibn Abu Talib, primo, discípulo y yerno de Mahoma, y el pariente más cercano que le sobrevivió, y que en el año 656 se convirtió en el cuarto califa,³⁰ y fue asesinado por los omeyas.

Los chiitas fueron duramente perseguidos por los omeyas, que se apoderaron del poder encabezados por el gobernador de Damasco, Mu'awiya. Los partidarios de Ali quedaron convertidos en una minoría, separada de la mayoría de los musulmanes.

El Islam chiita es mucho más antiguo que el sunnita y considera que sigue más de cerca las prácticas políticas del Profeta y de los cuatro primeros califas. Es, sobre todo, un credo con una fuerte tendencia al martirio y a la acción violenta en defensa de las ideas de El Corán. Los chiitas modernos están divididos en diversos grupos o sectas y constituyen 20 % de la población total del mundo musulmán, proporción que se eleva a más de 40 % en el Oriente Medio, comprendido Irán, donde están concentrados. Son mayoría también en Yemen y Azerbaiyán, más de la mitad de la población de Iraq, y como minorías importantes existen en toda Arabia.

Entre los chiitas figuran los duodecimistas (*Iz'na-shariyah*), a los que se les considera el grupo más numeroso; los septimistas (*isma'iliya* o ismaelíes), segundo grupo en importancia numérica, muy dispersos por todo el mundo musulmán; los ismaelíes modernos, que aceptan el mensaje de El Corán relativo a la igualdad entre todas las razas y tienden al internacionalismo y a realizar actividades caritativas, para las que crearon grandes fundaciones; los «asesinos» (*Isma'iliya Tayybiya* y *Niz'iriyah*),³¹ institución de tipo monástica de grupos armados que trataron de derrocar a gobernadores sunnitas, a quienes consideraban usurpadores. Fueron famosos por sus disfraces, utilizaban el hachis para darse audacia y valor; se destacaron por su heroicidad en sus enfrentamientos con los cruzados cristianos. Otros grupos son los alauíes (*Isma'iliya Alwiyin*), defensores de Allah, que aparecieron en el siglo XIII; se identifican con aspectos de la teología cristiana, especialmente la resurrección de Cristo, que se entiende paralela a la fe en el «segundo advenimiento del duodécimo Imán oculto», y celebran la fiesta cristiana de Pascua de Resurrección; los drusos, formados en 1021, en El Cairo, por un grupo de ismaelíes, y cuyo primer líder fue el turco al-Dazari («el zapatero»), aceptan la doctrina de la reencarnación de Cristo y se califican de «autounitarios»; los zaydíes (*Shi'i Zaydiyya*), una de las sectas chiitas más conservadoras y más cercana a los sunnitas; los baha'í, que fueron chiitas en sus orígenes, pero no son reconocidos por otros chiitas

y los persiguen; surgieron como un movimiento anticlerical contra juristas «duodecimistas», y subrayan un *hadiṣ* (dicho) del Profeta: «en el Islam no hay sacerdocio». Se calcula que entre los chiítas hay alrededor de setenta grupos identificables, algunos con solo un centenar de seguidores.

Muchos estudiosos estiman que el cristianismo ha influido en el Islam moderno mucho más de lo que el islamismo influyó en el cristianismo moderno. El resultado ha sido la aparición de nuevos cismas en diversas sectas islámicas que han adoptado algunas creencias de tipo cristiano, como los baktashíes de Turquía, quienes han asimilado la doctrina de la Trinidad en forma de Alá (padre), el Profeta (el hijo) y el linaje de imanes místicos (el Espíritu Santo). También hay sectas islámicas que han incorporado elementos del paganismo (manifestaciones religiosas preislámicas de distintas etnias), y el chamanismo. Hay docenas de subsectas chiítas alrededor de santuarios de distintos mártires del Islam.

Además, existe una rica y compleja mística islámica, el sufismo, que siempre ha estado en una relación muy tensa con el Islam oficial, pero que se desarrolló dentro del sunnismo, en tensión con este, conectado con influencias extraiislámicas, y que llegaron a desarrollar hermandades alrededor de un maestro, venerado como santo, que apelaba a un conocimiento intuitivo de Dios, lo cual, para algunos islámicos, constituye una herejía. Sufi viene del árabe *suf* (lana), vestimenta tosca que usaban estos predicadores, quienes practicaban —y practican— un fuerte ascetismo. Muchos de estos místicos fueron juzgados y ejecutados por autoridades islámicas, que los consideraban subversivos, teológica y políticamente.

La rebelión wahhabita y el primer Estado musulmán fundamentalista

Para los islamistas ingleses Chris Horrie y Peter Chipindale, «el primer fundamentalista moderno fue Muhammad ibn al-Wahhab», fallecido en 1787,³² sunnita que trató de realizar una reforma radical en los fundamentos del Islam, y predicó que los otomanos y sus colaboradores locales habían usurpado el cargo de custodios de la Ka'ba y se habían convertido en paganos. Wahhab se atribuyó un papel similar al de Mahoma, y propugnó la purificación del Islam y un retorno a las tradiciones de la escuela jurídica sunnita hanbali, orientada hacia lo árabe y lo tradicional. Trató de organizar una Confederación tribal árabe y se alió con Muhammad ibn Sa'ud, quien, al morir Wahhab, asumió la jefatura del movimiento wahhabita y en nombre de

su causa declaró la guerra a los otomanos y a tribus rivales. Luego de años de guerras, su clan llega a controlar la península arábiga, en 1934. Antes habían ocupado las ciudades santas de La Meca, Medina y Karbala, y proclamado, en 1932, el reino de Arabia Saudita.

El Estado saudita impuso una estricta versión de la Ley islámica (*al shari'a*), y se convirtió en el primer Estado musulmán fundamentalista moderno,³³ basado en el ideal wahhabi. Los sauditas se proclamaron herederos del prístino Islam de la península arábiga, y lograron que muchos *ulemas* (hombres instruidos, guardianes de las tradiciones jurídicas y religiosas del Islam) legitimaran dicho Estado, a cambio de lo cual los reyes sauditas, a cuyo cargo está la interpretación del Islam, impusieron valores religiosos conservadores. Las mujeres debían ir cubiertas y quedar recluidas en sus hogares; el juego y el alcohol fueron prohibidos y el sistema jurídico se amparó en castigos tradicionales, que incluyeron mutilaciones a los ladrones. Muchos musulmanes de otros Estados y organizaciones islámicas no estuvieron de acuerdo en considerar que la fidelidad a El Corán exigiera tales prácticas penales.

Otro movimiento de corte fundamentalista, los Hermanos Musulmanes (*al-Ijwan al-Muslimun*) —iniciado en Egipto, en 1929—, condenó desde un primer momento el uso de tales castigos por parte de los saudíes, y los consideró como algo arcaico e inadecuado, especialmente cuando la ostentosa élite gobernante saudita (el Estado se administra como una empresa familiar) y la desigual distribución de riquezas, atentaban contra valores igualitarios establecidos en El Corán.³⁴ El objetivo del grupo, fundado por el sufí Hasan al-Banna (1906-1949) —quien fuera asesinado por el gobierno laicista de Egipto, en 1946—, era la destrucción de la Constitución laica inspirada por los británicos e impuesta a Egipto en 1923, y su sustitución por una Constitución islámica. Combinaban su proselitismo a favor de un Islam fundamentalista con actividades políticas, que incluyeron entrenamiento militar en el desierto para combatir al rey Faruq, respaldado por los británicos. En 1948 protagonizaron, tras la derrota de Egipto y otras naciones árabes por Israel, una insurrección, y desempeñaron un papel importante en la revolución nacionalista de 1952, que destronó por fin al rey Faruq y llevó a la presidencia a Gamal Abdel Nasser (1918-1970).

No obstante, la revuelta wahhabi inspiró a musulmanes de todo el mundo a colocar en tela de juicio una serie de prácticas, diversas manifestaciones de misticismo y cultos adoradores, que se habían desarrollado en nombre del Islam.

El fundamentalismo religioso no tiene necesariamente que coincidir, de forma directa, con el político, ni el conservadurismo religioso con posiciones de derecha. Puede darse el caso de conservadores religiosos con filiaciones políticas progresistas. Esto complejiza el estudio de un tema en el que influyen factores diversos.

El verdadero fundador del fundamentalismo islámico

Distintos autores coinciden en señalar como «el verdadero fundador del fundamentalismo islámico» en el mundo sunni a Sayid Qutbs (1906-1966), influenciado por Mawdudi,³⁵ y quien recibió una educación tradicional musulmana, y comentaba de memoria El Corán a los diez años. Estudió en un colegio de El Cairo, se licenció en una escuela de magisterio, leyó con avidez textos literarios y socialistas, y se interesó en la cultura occidental y en la política secular, en el individualismo y el existencialismo. Escribió novelas, poemas y un libro sobre metodología: *Crítica literaria: sus principios y metodología*,³⁶ y un ensayo titulado «La justicia social y el Islam», en el que algunos han percibido una tendencia hacia el fundamentalismo islámico.

En la década de los 40 viajó por los Estados Unidos. Según diversos biógrafos su vida en ese país lo traumatizó, ya que quedó horrorizado por el racismo y la permisividad sexual. Abandonó su entusiasmo original por la cultura occidental y la política secular; volvió radicalizado en sus ideas, «con un implacable odio hacia Occidente y todas sus obras».³⁷ En Egipto se unió a los Hermanos Musulmanes, que ya en la década de los 40 era un movimiento islamista de masas con alrededor de medio millón de militantes.

Qutbs exhortó a los musulmanes a imitar al Profeta: alejarse de la sociedad imperante, del mismo modo que el Profeta lo había hecho durante la hégira de La Meca a Medina y que era un deber sagrado emprender una violenta *yihad*. Insistió en que el mandato coránico de la tolerancia únicamente se podía aplicar después de la victoria política del Islam y del establecimiento de un auténtico Estado islámico.

Aunque en un principio los Hermanos Musulmanes apoyaron la revolución contra Faruq, que llevó al poder al general Nasser, al poco tiempo se distanciaron de este, por su política secularista; incluso, al parecer, trataron de asesinarlo en 1954. Nasser, por su parte, persiguió a los Hermanos Musulmanes. Fueron ejecutados en la horca seis importantes figuras de este movimiento, y encarcelados docenas de sus militantes,

así como varios millares enviados al exilio. La mayoría se refugió en Arabia Saudita y Pakistán.

Entre los intelectuales encarcelados estuvo Qutbs, quien dedicó su tiempo en la cárcel a profundizar en sus ideas. Entre 1954 y 1966, año en que fue ejecutado, escribió su obra *Jalones*, conocida también como *Bajo la sombra de El Corán*, que es una especie de programa para derrocar al gobierno de Nasser y a cualquier régimen considerado antislámico.

La ejecución de Qutbs lo convirtió en mártir y sus escritos se hicieron referencia obligada para los islamistas radicales. Su obra se publicó en diversos países, incluso en los Estados Unidos, pero gozó de especial popularidad en Pakistán. El disidente saudí Saad al-Fagih describe los textos de Qutbs como «los más importantes para el islamismo combativo».³⁸

Osama Bin Laden y la *yihad* islámica

Existen múltiples biografías sobre Osama Bin Laden, y casi todas coinciden en que, desde muy joven, dio muestras evidentes de una gran religiosidad, que marcó su vida. A los 17 años se casó con una parienta siria, la primera de sus cuatro esposas. Se casaría por cuarta vez en 2000, en Kandahar, con una yemenita.³⁹ Estudió en la prestigiosa Universidad Rey Abdul Asís de Yidda, y en 1981 se licenció de Ciencias Económicas y Administración Pública.

En esta universidad se vinculó con los Hermanos Musulmanes. Allí tuvo como profesores de Estudios Islámicos a Abdullah Azzam y Muhammad Qutbs, quienes ejercieron gran influencia en su formación. Azzam creó años más tarde lo que se considera la Primera Red Yihadi Internacional del mundo moderno.⁴⁰ Muhammad Qutbs, reconocido erudito islámico, era hermano de Sayyid Qutbs, y luego de la ejecución de este, en 1966, se convirtió en el principal intérprete de su pensamiento.

Cuatro acontecimientos estremecieron el mundo musulmán: la Revolución iraní, encabezada por el ayatola Jomeini, que derrocó al régimen pronorteamericano del Sha en enero de 1979; el tratado de paz firmado

entre Egipto e Israel, en marzo de ese año; una sangrienta batalla librada en La Meca por islamistas radicales, en noviembre; y la invasión soviética a Afganistán. Estos hechos provocaron, al parecer, un gran impacto en el joven Osama, y definirían su vida futura.

Jorge Erdely y Lourdes Argüelles afirman que los estudios más serios sobre Osama

coinciden en que durante su estancia con la resistencia afgana contra la invasión soviética, el entonces millonario saudita tuvo una experiencia de conversión religiosa del Islam a lo que Ruthven⁴¹ llamaría el islamismo, una variante particularmente politizada y expansionista de dicha fe.⁴²

Las montañas inhóspitas del Hindu Kush, en Afganistán, fueron provincia del Imperio islámico árabe en el primer siglo después del Profeta, y sirvieron de fortaleza al Islam en Asia. Los llamados «señores de la guerra» —todavía presentes en Afganistán—, caracterizados por su tradicionalismo, mantuvieron durante años una forma antigua y conservadora del Islam.⁴³

Al contrario de Asia central, al norte, y de territorios musulmanes de la India, al sudeste, Afganistán nunca llegó a ser dominado por el Imperio ruso, pero fue, en la primera parte del siglo xx, protectorado británico por algún tiempo. El Islam afgano se fusionó históricamente con un nacionalismo militante y asumió con fervor la *yihad* (guerra santa en defensa del Islam). Afganistán se convirtió con el tiempo en símbolo de cómo el fundamentalismo islámico podría sobrevivir a los intentos europeos de dominación. A lo largo de los siglos, diversas dinastías de gobernantes turcos, iraníes, mongoles y pashtanes autóctonos, trataron de limitar el poder de los jefes locales afganos y de imponerles un gobierno centralizado, pero fracasaron.

A principios de los años 60 del siglo xx, un movimiento radical estudiantil inició una campaña en pro de una reforma agraria y de otros objetivos modernizadores. El movimiento culminó en el derrocamiento del rey afgano, quien había gobernado mediante la manipulación de una frágil alianza con distintos jefes tribales y los señores de la guerra, como ha intentado actualmente el gobierno impuesto por la coalición encabezada por los Estados Unidos, con apoyo de la OTAN.

Grupos de islámicos tradicionalistas, encabezados por los Hermanos Musulmanes, se opusieron a la república laica establecida en 1973, al gobierno pro soviético instalado en 1978 y a la masiva invasión soviética iniciada a finales de diciembre de 1979. Los jefes tribales iniciaron una resistencia contra las medidas modernizantes del gobierno —colectivización de la agricultura, educación de la mujer, etc.— y se unieron a

otros que adoptaron el nombre de *mujahibin* o mujaidines (combatientes).

Poco a poco se establecieron gobiernos islámicos en distintas zonas del país. Los Hermanos Musulmanes se dividieron en dos grupos rivales: Hizb-e islami (Islam victorioso) y Yamiat-e islami (Reagrupación islámica), cuya base social fue la etnia pashtan. Surgieron otros grupos como Yahha'ye Neyat-e Milli-ye Afgani (Frente de Liberación Nacional Afgano) y Mahaze-e Mille-ye Islami-ye Afgani (Frente Nacional Islámico de Liberación de Afganistán), los que también se dividieron atendiendo a criterios tribales. Millones de refugiados afganos se establecieron en el vecino Pakistán, cuyo gobierno, con apoyo económico de los Estados Unidos y Arabia Saudita, concedió apoyo a los mujaidines, que establecieron campamentos en territorio paquistaní.

A las pocas semanas de la invasión soviética a Afganistán, Osama —entonces de 22 años—, viajó a Pakistán para ofrecer su apoyo personal y económico a los líderes afganos que resistían la invasión soviética.⁴⁴ Se dice que en esa oportunidad se reunió con Burhanuddin Rabbani y Abdul Rasul Sayyyaf, a quienes había conocido durante una peregrinación de estos a La Meca. A su regreso a Arabia Saudita, presionó a familiares y amigos para que apoyaran económicamente a las guerrillas afganas antisoviéticas, y realizó varios viajes a Pakistán para llevarles recursos.

A principios de los años 80, Bin Laden, quien era ya un experto en demoliciones por su experiencia de trabajo en la empresa constructora de su familia, hizo, según se afirma, varios viajes a Afganistán llevando distintos tipos de maquinarias de construcción, como excavadoras, cargadoras, volquetes, y medios para abrir trincheras, hacer carreteras y cavar túneles en las montañas, para refugios y hospitales de campaña de las guerrillas. Igualmente aportó equipos para labores de limpieza de minas.

En 1984, creó una hospedería en Peshawar para musulmanes que sentían el llamado de la *yihad*. La bautizó con el nombre de Beit al-Ansar o Casa de los Seguidores, en alusión a los seguidores del Profeta que lo ayudaron a abandonar La Meca e ir a Medina. En Pakistán se volvió a vincular con su antiguo profesor universitario de islamismo, Abdulla Azzam, quien había creado en Peshawar una Oficina de Servicios (*Mejtab-al-Jadamat*), que divulgaba información sobre la guerra afgana. Se dice que le proveyó fondos para esa labor.

Por esta época, Bin Laden le comentó a un periodista paquistaní: «Mi padre abrigaba el ferviente deseo de que uno de sus hijos luchara contra los enemigos del Islam. Por lo tanto, yo soy el hijo que está actuando de acuerdo con los deseos de su padre».⁴⁵

Como se sabe, los Estados Unidos y el gobierno de Arabia Saudita, uno de sus principales socios en la

región, entregaron más de seis mil millones de dólares para apoyar la guerra afgana contra los soviéticos. El entonces director de la Operación afgana de la CIA, Milt Bearden, dijo a un periodista norteamericano que, tras el verano de 1986, la *yihad* afgana recibía unos veinte millones de dólares al mes de fuentes sauditas.⁴⁶ Se dice que, por entonces, Osama Bin Laden trabajaba estrechamente con el príncipe Turki, «de hecho, como un brazo de la inteligencia saudita».⁴⁷

El periodista estadounidense Peter L. Bergen afirma que

la CIA se encargó de armar a los afganos, y desde el punto de vista estratégico la operación fue todo un éxito. Los últimos soldados soviéticos se retiraron de Afganistán el 15 de febrero de 1989. El cuartel general de la CIA, sito en Langley (Virginia), organizó una pequeña fiesta para celebrarlo.⁴⁸

Hay comentaristas que «han dicho que el propio Bin Laden recibía dinero de la CIA», admite Bergen, aunque lo duda. No obstante la intervención de los Estados Unidos y de dos de sus principales aliados en el Medio Oriente —Pakistán y Arabia Saudita—, muchos concuerdan con lo dicho por el estudioso francés en islamismo, Gilles Kepel, para quien «la *yihad* afgana desempeña un papel fundamental en la evolución del movimiento islamista en el mundo. Sustituye a la causa palestina en la imaginación árabe y simboliza el paso del nacionalismo (árabe) al islamismo».⁴⁹

En Afganistán, Bin Laden, quien fundó allí Al Qaeda en 1988,

se convirtió en una celebridad, por haber renunciado a la vida típica de los multimillonarios saudíes, de palacios en Yidda y suites en hoteles de Londres y Montecarlo, para luchar en la guerra en Afganistán. Su actitud contrastaba con las de miles de miembros de la familia dirigente al-Saud, ninguno de los cuales pareció luchar en Afganistán, pese a que, en 1986, se otorgaron el título de «guardianes» de los lugares santos del Islam.⁵⁰

El propio Bin Laden declaró, en entrevista a la CNN: «[la guerra afgana] me ha dado tanto, que hubiera sido imposible obtener lo mismo de otra experiencia [...] El principal beneficio fue que en mi mente, y en la mente de todos los musulmanes, se hizo añicos el mito de la superpotencia».⁵¹

En un artículo aparecido en la revista española *Geo*, se destaca que en la actualidad muchos jóvenes en Riad «veneran a Osama como un héroe».⁵² Las abundantes entrevistas, reportajes y artículos que lo mencionan, así como sus reiterados mensajes televisivos después del 11 de septiembre, contribuyeron a afianzar su imagen de combatiente islámico.

Cuando regresó de Afganistán, Bin Laden comenzó a predicar en mezquitas. Miles de discursos suyos fueron grabados y comenzaron a circular en la propia Arabia

Saudita. Su discurso se tornó cada vez más opuesto a la política norteamericana en el Medio Oriente. Se le atribuía ser el cerebro organizador y financista de una serie de acciones terroristas contra intereses y representaciones de los Estados Unidos. Sin publicar pruebas, se le acusó de organizar los ataques suicidas del 11 de septiembre, y pasó a ser uno de los hombres más buscados por periodistas y agentes de los servicios secretos de Washington y de sus aliados. Quizás algún día se sepa realmente la participación de Osama en los hechos que se le atribuyen, y que han sido utilizados por la actual administración republicana estadounidense como justificación, junto a otros factores, para una política de «guerra preventiva» supuestamente contra el terrorismo internacional.

La tragedia del 11 de septiembre y el mundo musulmán

El profesor iraní en Ciencias Políticas, Mahmood Monshipouri, en un agudo ensayo, afirma que «los ataques del 11 de septiembre en los Estados Unidos, hicieron resucitar viejos temores, crearon nuevos mitos y contribuyeron a endurecer imágenes y memorias».⁵³

Muchos se preguntan: ¿Qué ha quedado de Al Qaeda? ¿Por qué no capturan a Bin Laden? Tras dos meses de haber sido aplastado el gobierno de los talibanes⁵⁴ por una coalición encabezada por los Estados Unidos, la revista *Time* publicó un artículo de Romesh Ratnesar, donde este afirmó que «dos meses después de que los Estados Unidos y sus aliados afganos aplastaran al régimen talibán, la campaña militar no ha logrado todavía aniquilar a los seguidores de Bin Laden». Y añadió: «pareciera como si a muchos de los terroristas de la organización se los hubiera tragado la tierra. Hasta el momento solo se ha detenido a un grupo insignificante de integrantes de esa red».⁵⁵

Casi un año después, a finales de 2003, el periodista estadounidense David Rhode, de *The New York Times*, se preguntaba: «¿Por qué no capturan a Osama?», y citaba a Peter Bergen: «Mi impresión es que no están asignando muchos recursos para ello» y que «los diversos esfuerzos por infiltrar al grupo han fracasado». «Funcionarios estadounidenses rechazan historias de que agentes paquistaníes están escondiendo al mulá Omar», el jefe de los talibanes, de quien se dice escapó en una motocicleta de un cerco tendido por tropas norteamericanas.⁵⁶ «La búsqueda continúa», dijo un vocero de la Embajada estadounidense en Islamabad, Pakistán, al propio periodista Rhode, refiriéndose a los esfuerzos por hallar a Bin Laden y al mulá Omar.

El profesor Monshipouri ha subrayado que «no hay otra forma de erradicar la cultura de la violencia, que

no sea mitigando el hambre y la pobreza»,⁵⁷ y advierte del peligro de que la campaña del gobierno de los Estados Unidos contra el terrorismo se convierta en «una guerra contra el Islam»; afirma que la actual política norteamericana «ha contribuido al extremismo religioso».⁵⁸

Volvamos finalmente al texto sagrado de los islámicos —El Corán— con un mensaje sobre el cual debería reflexionar también Occidente. En la Sura 2, número 39, se dice: «No vistáis la verdad con el ropaje de la mentira; no ocultéis la verdad cuando la conocáis».⁵⁹

Notas

1. Enrique López Oliva, «La derecha religiosa y el fundamentalismo cristiano», *Temas*, La Habana, n. 35, octubre-diciembre 2003, pp. 44-9; véase Rod L. Evans e Irwin M. Berent, *Fundamentalism: Hazards and Heartbreaks*, Open Court, La Salle, Illinois, 1988.
2. Véase Lluís Oviedo Torro, *La fe cristiana ante los nuevos desafíos sociales: tensiones y respuestas*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 2002.
3. *Diccionario Enciclopédico. Océano Uno Color*, Océano, Barcelona, 1997, p. 720.
4. Pedro H. Santidrian, *Diccionario básico de las religiones*, Verbo Divino, Navarra, 1996, pp. 180-1.
5. Jorge Pixley, «¿Qué es el fundamentalismo?», *Signos de Vida*, n. 33, Quito, septiembre, 2004, pp. 6-9.
6. *Ibidem*, p. 6.
7. *Ibidem*, pp. 8-9; véase además Rod L. Evans y Irwin M. Berent, *ob. cit.*; Enrique López Oliva, *ob. cit.*, pp. 44-9.
8. Jorge Pixley, *ob. cit.*, p. 9.
9. «La paz es un nombre de Dios, señalan líderes religiosos del mundo», *Nuevo Siglo*, a. 3, n. 10, Quito, octubre de 2003, p. 12.
10. Samuel P. Huntington, *El choque de las civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Paidós, Barcelona-Buenos Aires-México, DF, 1997, p. 116; véase además: Rosemary Radford Ruther, «A World on Fire with Faith», *New York Times Books Review*, Nueva York, 26 de enero de 1992, p. 10; William H. McNeill, «Fundamentalisms and the World of the 1990», en Martin E. Marty y R. Scott Appleby, comps., *Fundamentalisms and Society*, University of Chicago Press, Chicago, 1993, p. 561.
11. Karen Armstrong, *El Islam*, Mondadori, Barcelona, 2001, p. 233.
12. No debe confundirse Islam con islamismo. Por este último se suele entender una versión extremista del Islam, que se confunde con el fundamentalismo religioso y político.
13. «Introducción», *Revista Académica para el Estudio de las Religiones, Islam y la Nueva Jibad*, t. IV, México, DF, p. 1.
14. *Ibidem*, p. 2.
15. Robert Payne, *La espada del Islam*, Luis de Caralt Editor, Barcelona, 2002, pp. 10-11.
16. Samuel P. Huntington, *ob. cit.*, p. 377.
17. Serefi Mardin, «Notas sobre conflictos normativos en Turquía», en Peter L. Bergen, ed., *Los límites de la cohesión social. Conflicto y mediación en las sociedades pluralistas*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 1999, p. 341.
18. Robert Payne, *ob. cit.*, p. III.
19. *Ibidem*, p. VI.
20. Juan Pablo II, «Discurso a jóvenes musulmanes en Casablanca, Marruecos, el 19 de agosto de 1985», en Eloy García Díaz, ed., *Diccionario de Juan Pablo II*, Espasa Calpe, Madrid, 1997, p. 634.
21. Karen Armstrong, *ob. cit.*, p. 252.
22. Roger Garaudy, *Promesas del Islam*, Planeta, Barcelona, 1982, p. 18.
23. Koffi Annan, «Annan advierte de tensiones entre Occidente y el Islam», Tuebingen (Alemania), 12 de diciembre de 2003, Reuters; tomado de Yahoo! Noticias.
24. Karen Armstrong, *ob. cit.*, p. 46.
25. Toufic Fahd, «Nacimiento del Islam», en Henri-Charles Puech, dir., *Historia de las religiones*, Siglo XXI, México, DF, 1979, v. 6; «Las religiones en el mundo mediterráneo y en el Oriente Medio», v. 2, p. 392.
26. Karen Armstrong, *ob. cit.*, p. 237.
27. Markus Hattstein, «El Islam», *Religiones en el mundo*, Koneman Verlagsgesellschaft, Colonia, Alemania, 1997, p. 114.
28. *Ibidem*, p. 115.
29. Hicheim Djait, *Europa y el Islam*, Libertarias, Madrid, 1990, p. 77.
30. Los califas o guías, del árabe *jalfifa* (representante sucesor del Profeta), a la muerte de Mahoma asumieron la dirección religiosa de la comunidad, así como la organización estatal de un territorio cada vez más extenso, mientras los jefes tribales que se les subordinaban designaban imanes o jefes.
31. Sus seguidores actuales han renunciado al nombre de asesinos.
32. Chris Horrie, y Peter Chippindale, *¿Qué es el Islam?*, Alianza Editorial, Madrid, 1995, p. 131.
33. *Ibidem*, p. 226; Karen Armstrong, *ob. cit.*, p. 229.
34. Chris Horrie y Peter Chippindale, *ob. cit.*, p. 135.
35. Abul Ala Mawdudi (1903-1979), pensador paquistaní, cuyas ideas han ejercido gran influencia en el islamismo sunnita. Fundó el grupo Yamaat-i-Islami, en Pakistán, y creía que Occidente estaba reuniendo fuerzas para aplastar al Islam. «Los musulmanes —afirmaba— deben unirse para luchar contra este laicismo invasor si quieren que su religión y su cultura sobrevivan». Véase Karen Armstrong, *ob. cit.* p. 237.
36. Paul Berman, «The Philosopher of Islamic Terror», *The New York Times Magazine*, 23 de marzo del 2003, pp. 24-61; Karen Armstrong, *ob. cit.*, p. 238; Peter L. Bergen, *Guerra Santa, S.A. La red terrorista de Osama Bin Laden*, Radom House Mondadori, Barcelona, 2002, p. 285.
37. Peter L. Bergen, *ob. cit.*, p. 285.
38. *Ibidem*, p. 286. Entrevista con Saad al-Fagih en Londres, octubre de 2000.
39. *Ibidem*, p. 81. Cita fuente próxima a la familia de Bin Laden.

Enrique López Oliva

40. *Ibidem*, p. 81.

41. M. Ruthven, es autor de *Islam: a Very Short Introduction*, Oxford University Press, Oxford, 2000; e *Islam in the World*, Penguin, Londres, 2000.

42. Jorge Erdely y Lourdes Argüelles, *La nueva Jibad. Mitos y realidades sobre el pan-islamismo*, Publicaciones para el Estudio Científico de las Religiones, México, DF, 2003, p. 29.

43. Chris Horrie y Peter Chippindale, *ob. cit.*, p. 276.

44. Peter L. Bergen, *ob. cit.*, p. 85

45. *Ibidem*, p. 87.

46. *Ibidem*, p. 91. El autor afirma que lo entrevistó en Washington, DC, en abril de 2000.

47. *Ídem*.

48. *Ibidem*, p. 102.

49. Gilles Kepel, *Jihad. Expansion et declin de l'islamisme*, Gallimard, París, 2000, p. 14.

50. Judith Miller, *God has Ninety Names: Reporting from a Militant Middle East*, Simon & Schuster, Nueva York, 1996; citada por Peter L. Bergen, *ob. cit.*, p. 94.

51. Peter L. Bergen, *ob. cit.*, p. 95. La entrevista a Osama fue realizada en mayo de 1997.

52. Christoph Reuter, «Arabia Saudí: el reino de las paradojas», *Geo*, Madrid, n. 193, febrero de 2003, p. 54.

53. Mahmood Monshipouri, «The September 11 Tragedy and the Muslim World: Living with Memory and Myth», *Journal of Church and State*, Waco, Texas., v. 45, n. 1, invierno 2003, p. 15.

54. La palabra *talib* significa estudiante islámico y se refiere a grupos de estudiantes formados en escuelas islámicas de Pakistán y Afganistán, que lograron el control de Afganistán a partir de 1996.

55. Ratnesar Romesh, «Qué ha quedado de Al Qaeda?», *Time*, 16 de enero de 2002. Tomado de CNN en español.com

56. David Rhode «¿Por qué no capturan a Osama Bin Laden?», *La Jornada*, México, DF, 18 de diciembre del 2003, p. 33A, tomado de *The New York Times*.

57. Mahmood Monshipouri, *ob. cit.*, p. 29.

58. *Ibidem*, p. 37.

59. *El Sagrado Corán*, Edicomunicación, Barcelona, 1998, p. 8.

© TEMAS, 2005.